tino singular, que desde la humilde condicion de porquero de Chamblas, le ha elevado á la posicion de dueño del castillo.

En cuanto á nosotros, mientras se verifique en Chamblas esa entrada triunfante, pagaremos los gastos de la victoria, y luego, comitiva triste y piadosa, nos encaminaremos á los mismos sitios; buscaremos la húmeda sepúltura en que descansan unos restos á los cuales les falta un sepulcro que no debíamos erigir sino despues de la venganza, y allí, bajo aquel cielo, testigo de los dolores de Luis de Marcellange, cerca de ese castillo en donde por tanto tiempo y tan miserablemente sufrió, sobre esa tierra en que yacen sus despojos, podremos siquiera jurar á sus manes queridos, que lo hemos hecho todo para cumplir los últimos deseos de un moribundo, y que las palabras postreras que le oimos: «¡Si muero asesinado, vengadme» no quedaron sin eco, al menos en nuestros corazones! (Sensacion.)

Pero ¿seria eso posible? ¿Seria cierto que la parte civil, la justicia, el jurado de Puy, el de Riom, la opinion entera, hubiesen sido lanzados á tan fatales errores?

¡Cómo! ¿Por medio de qué secreto la defensa, que en otro recinto se hubiera considerado feliz con obtener la compasion, se alza hoy, y cambiando casi los papeles se convierte á su vez en acusadora? ¿Qné suceso inesperado se ha producido? Qué nuevas revelaciones han arrojado sobre este asunto una luz desconocida? ¿A qué espectáculo hemos asistido, pues, en estos debates, que todas las convicciones han de quedar cambiadas? Hánse presentado los mismos testimonios; esos testimonios que, ante otra justicia grande, firme, digna, concienzuda é imparcial tambien, bastaron para producir una sentencia, no se han alterado lo mas mínimo. A estos testimonios se han agregado otros nuevos. ¿Pues qué es lo que ha habido? Una declaracion, la de Berard.

¡Sí, se ha encontrado, no sé en qué cieno, un hombre bastante miserable, bastante infame, para venir aquí á profanar la santidad del juramento, á lanzar una palabra de acusacion sobre un infeliz acusado, á prestar una declaracion falsa cuyos resultados podian ser espantosos! ¡Sí, se ha encontrado á Berard! Pero ¿de dónde ha salido ese hombre? ¿Quién ha podido llamarle aquí? ¡La acusacion! Ayer decíais que era el esfuerzo postrero de una acusacion desesperada; hé ahí vuestras palabras. ¡Acusacion desesperada! ¿Y desde cuándo? ¿Desde el veredicto de Riom? ¿Desde que un jurado, en su conviccion profunda, pronunció la pena mas terrible que puede alcanzar á un delincuente? ¿En ese momento era cuando habíamos de esperimentar la necesidad de apelar á nuevos testigos, cuando habíamos de dudar de nuestras fuerzas? ¿Estaban estas ya apuradas? ¿Habia de hacer un primer triunfo que presagiásemos una derrota? ¿Cuando teníamos en favor nuestro la presuncion de una primera sentencia, era cuando habíamos de buscar nuevos testigos para asegurar nuestro triunfo? ¿Quién era, pues, la que estaba mas desesperada, la acusacion ó la defensa?

¡Berard! ¡Le habíamos de haber llamado nosotros! ¿Y para qué? ¿En qué aumentaba nuestras fuerzas? Pero, si hubiésemos querido recurrir á ese oficio infame de sobornadores, hubiéramos colocado á ese testigo en otras condiciones; no le habríamos puesto en contradiccion con el señor cura Legat; no hubiéramos querido que su primera palabra fuese una calumnia contra un hombre á quien apreciamos; no hubiéramos querido que el testigo comenzase por decir: «He manifestado al señor cura que sabia yo muchas cosas, pero me ha impedido que las diga.» Teníamos gran interés en confirmar y no en invalidar el testimonio del señor cura Legat, amigo del hombre cuya pérdida lloramos.

Y luego, recordad lo que ha pasado. ¿Quién arrancó la máscara á ese testigo? Nosotros. (*Se sonrie el defensor*). ¡Ah! vuestra sonrisa no destruirá los hechos. ¿Quién le arrancó la máscara? M. Faure, el hombre que, segun vosotros, ha sido el agente de nuestras intrigas; porque si hubiésemos buscado testigos falsos, ¿con el auxilio de quién lo hubiéramos hecho? (No tomo vuestras palabras, sino vuestros testigos, quienes sin duda revelan algun tanto vuestros pensamientos secretos). Hubiera sido con el auxilio de M. Faure; él era quien recibia en su casa á Roiron y á tantos otros; él era quien les decia: *Hablad, no tengais miedo; la justicia os protejerá*; él era quien les decia: *Tendreis dinero*; él era, en una palabra, nuestro proveedor, segun vuestra opinion.

No os habeis atrevido á decirlo, pero habíais deseado hacerlo creer. Habíais llamado con ese objeto á varios testigos. Llegásteis á tener pudor, y vos, M. Lachaud, que teneis corazon y conciencia, no quisísteis acusar á un hombre de conciencia y de corazon, pero lo habian hecho ya por vos.

Pues bien, M. Faure; nuestro proveedor, el hombre en quien tenemos plena confianza, es quien ha venido y ha dicho: ¡Berard es un testigo falso! Y si él no os hubiese traido las pruebas de ello, no las tendríais.

¿Y cuál fue la actitud de Berard? ¿Queria llevar hasta el fin su falso testimonio? ¡No! Se necesitaron muy pocos esfuerzos para hacerle volver á la verdad... me equivoco, á la mentira para la cual habia sido traido, porque aquel hombre, al retractarse, esclamó que habia mentido, y que habia mentido por instigacion de Roiron, casi iba yo á decir, de monsieur Faure!

En fin, ¿qué dijimos cuando oimos á Berard? Rechazamos ese testigo. ¿Y qué hizo la defensa? Se levantó y le reclamó. ¿A quién pertenece, pues? ¿De dónde vino? Nada podia hacer por la verdad, puesto que esta resplandeció ante el jurado de Riom; nada podia hacer por nosotros, pues nuestra causa era la de la misma justicia. Pertenece á los que todo tenian que temerlo y se apoderaron de su declaracion; fue enviado por ellos y habian contado mucho con él, si hemos de creer las sonrisas de triunfo que, mientras prestaba su declaracion, se observaban en una parte de los circunstantes.

Asi, pues, dejamos á Berard, testigo infame á quien deben mancillar todos.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación